

2009

El narco, estado paralelo

Corona-Cadena, Rubén I.

Corona-Cadena, R.I. (2009). "El narco, estado paralelo". En Análisis Plural, segundo semestre de 2008. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/813>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

EL NARCO, ESTADO PARALELO

▪ Rubén Ignacio Corona Cadena* ▪

La importancia del narcotráfico y del problema sociopolítico que representa para nuestro país se vuelve, cada vez más, un tema de primer orden. Damos sólo algunos datos que nos hablan de ello.

Después de que el 11 de diciembre de 2006 el gobierno de Felipe Calderón se declarara en guerra contra el narcotráfico, hemos registrado en México un notable aumento en nuestros niveles de violencia. Durante los dos años que han seguido, se han registrado unos 7,882 asesinatos ligados con el narcotráfico. Únicamente en 2008 se contaron 5,630 muertes (*El Universal*, 2008). Poco a poco, México va entrando en una espiral de violencia en la que las cifras de muertos van aumentando con mayor velocidad.¹ También, poco a poco, la lucha contra el tráfico de estupefacientes

* SJ académico del Departamento de Filosofía y Humanidades en el ITESO. Es licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el Instituto Libre de Filosofía y Ciencias Sociales; licenciado en Teología por el Centro Sevres de París, Francia, y maestro en Filosofía y Teología por el mismo centro de estudios (correo electrónico: rubencorona@iteso.mx).

1. Este artículo de *El Universal* (2008) constata que: “En lugar de contenerse, la espiral de violencia aumenta. Pasar de 4 mil muertes a 5 mil tomó sólo 42 días. Mientras que llegar de 3 mil a 4 mil (el anterior récord) se dio en 48 días. En contraste, los primeros mil muertos del año se dieron en 113 días”.

va tomando las proporciones de un conflicto bélico mayor y de largo alcance; ya no se trata sólo de una campaña del gobierno por aumentar los niveles de seguridad, sino de una auténtica guerra en la que poco a poco aumentan las víctimas civiles.

Junto con la violencia, esta *guerra contra el narco* ha ido manifestando otros problemas graves que tienen ya cierta antigüedad. Se trata de la imbricación profunda de varios miembros del Ejército mexicano con diferentes bandas de narcotraficantes. En las últimas semanas hemos presenciado cómo se han dado bajas en miembros del Ejército producidas por conflictos entre bandas rivales. Ésta no es sino la muestra de una situación más grande: la corrupción de miembros del gobierno, quienes usan la función pública en beneficio del narcotráfico. En México no es nada raro percatarse de que funcionarios públicos puedan estar en contacto con el narco, situación que nos alerta sobre el grado de corrupción que puede existir entre ellos.

Finalmente, el narcotráfico va también de la mano con un gran problema de salud pública. Recientemente, la Secretaría de Salud informó que el consumo de droga en México aumentó en un 28.9% entre 2002 y 2008 (Rosales, 2008). Si bien es verdad que las adicciones se pueden contar de muchas maneras y por muchos lados, también es cierto que el aumento en el consumo de drogas, en este caso de *drogas ilícitas*, representa un reto para los organismos de salud del Estado. Además, no se puede ignorar que junto con el aumento en el consumo de droga crecen también otros factores que alimentan una violencia social que, como ya se ha dicho, está creciendo con gran celeridad.

La violencia, la corrupción del Estado y los problemas de salud pública son tres manifestaciones de la *degradación* de la sociedad que produce el tráfico de drogas realizado por bandas organizadas de delinquentes. El fenómeno del narcotráfico en México ha sido tratado de muchas maneras y desde diferentes perspectivas. Estas líneas quieren introducir una

perspectiva ético-política en el análisis de los problemas ocasionados por el narco. No queremos hacer una simple condena del narcotráfico sino sacar a flote una serie de problemas sociales que en nuestro país tienen ya mucho tiempo de existir, pero que han sido agudizados y complejizados por este fenómeno.

Situándonos, pues, desde una perspectiva ética, formulamos la hipótesis que conduce este trabajo: el problema más grave que conlleva el tráfico de drogas es la creación de un *Estado paralelo del narco* (Monsiváis, 2004) en México, bajo la sombra y la protección de un gran ausente, el mercado consumidor estadounidense. Este *gran ausente* es quien provee de recursos a los narcotraficantes y les permite reproducir su organización y su orden. El poder que logran estas bandas de delincuentes es enorme y es justamente lo que les posibilita afirmarse como *hombres de gobierno*, capaces de imponer a la sociedad un modo de proceder.

Para desarrollar esta hipótesis hay que comenzar por aclarar, en un primer momento, cómo se da la suplantación del Estado por el narco en muchos lugares del país. En un segundo momento, mostramos cómo se presenta la dinámica de *igualamiento* entre el orden del narco y el orden social del Estado mexicano. Este igualamiento equivale a una cierta legitimación del narco frente al Estado, que no se da propiamente desde un intento de afirmar al narco como actividad universalizable, sino desde la deslegitimación del gobierno. En tercer lugar, veremos que este *igualamiento* va produciendo, poco a poco, la imposición de una lógica gangsteril en la sociedad mexicana, donde se van reforzando los aspectos de nuestra sociedad contrarios a la democracia y al Estado de derecho. Finalmente, haremos una revisión de las perspectivas éticas que se derivan de esta problemática, confrontándolas con la influencia real que tiene el mercado estadounidense de estupefacientes en la sociedad mexicana. Es decir, la realidad del narco tiene que verse en estrecha relación con la existencia de un mercado que tiene una fuerte demanda, un enorme

capital financiero y que no es indiferente respecto de la influencia que el crimen organizado tiene en México y en América Latina.

1. “Puro maicito sembraba”. El surgimiento de los narcotraficantes visto desde los corridos

María Luisa de la Garza (2008), en su libro *Pero me gusta lo bueno...*,² reflexiona sobre la visión que tienen los corridos acerca del origen de los productores y los traficantes de narcóticos. En la primera parte de su obra, Garza va dibujando el negocio del narco, a partir de letras de corridos, como una posibilidad real para mucha gente de buscar una *buena vida*, aunque no logren hacer una *vida buena*. Iremos definiendo estos últimos términos, inspirados en la filosofía de Paul Ricoeur, a lo largo de esta sección.

En primer lugar, es preciso subrayar la falta de mecanismos de movilidad social en México, sobre todo cuando se trata de las personas que viven en el campo. Hay muchas regiones instaladas en una gran marginalidad y un atraso que tiene ya mucho tiempo; son estas mismas regiones las que se vuelven presa fácil de la actividad del narco. Así lo pone de manifiesto el corrido “Puro maicito sembraba”:

Puro maicito sembraba en una tierra rentada;
los dueños de los terrenos todo el maíz se llevaban
para cobrarse una deuda, que nunca se la saldaba.
Un día me dijo un amigo: “voy a enseñarte un negocio”,
pensando en que me mataran porque lo vi peligroso,
cincuenta viajes crucé, por eso soy poderoso.

2. Todas las citas de corridos que haremos a continuación están tomadas de esta obra.

El narcotráfico se convierte así en una alternativa de movilidad social con resultados deslumbrantes. Quien se dedica al narco, dice el corrido, se vuelve *poderoso*. Es decir, las personas no sólo aumentan su patrimonio de manera contundente, sino también sus medios de acción, el poder actuar dentro de la sociedad. El que *tiene*, puede. Si bien no es posible afirmar que la vida del traficante es una *vida buena*, sí es cierto que los medios que proporciona el tráfico de drogas permiten darse la *buena vida*.

El narcotraficante que acumula riqueza ve aumentar sus posibilidades de actuar; como dice el corridista de “Puro maicito sembraba”: “por eso soy poderoso”. Fundamentalmente, su *poder* se manifiesta en un *poder gozar*, es decir, en poder darse la *buena vida*. Rápidamente la vida se transforma y lo que antes estaba prohibido por la falta de medios económicos ahora está permitido, como lo manifiesta el corrido “Patrón de patrones”:

Hoy traigo dos celulares de alcance internacional,
 uno quiero pa’ mis barbis, y otro para trabajar,
 un beeper para mis claves y mi jet particular,
 su nieve a la que le cuadre y en el avión a disfrutar.

Sin embargo, la perspectiva de la *buena vida* limitada sólo a sus aspectos básicos queda satisfecha rápidamente. Si bien los personajes de los corridos al principio buscan casa, sustento y acabar con una situación de pobreza asfixiante, no se detienen al ver estas necesidades satisfechas. Pasan al extremo del despilfarro y de la vanidad, a *gozar de la vida* sin que nada ni nadie pueda marcarles un límite, sino sólo aquel que su propio *poder* les confiere.

El hecho de tener una vida de abundancia no significa que los propios traficantes puedan decir que su negocio es algo bueno. Simplemente se dan la *buena vida* sin que puedan afirmar que el narcotráfico, la actividad que los sacó de la pobreza, es una *vida buena*. Y si bien casi ningún

protagonista de los narcocorridos se arrepiente de su actividad, tampoco la justifican de cualquier manera. Así lo manifiesta el protagonista del corrido “El cártel de a kilo”:

Mucha gente critica mi vida
 porque trabajo contra la ley,
 dicen que gano dinero sucio
 no lo niego, eso lo sé muy bien,
 pero el dinero aunque esté muy sucio
 quita el hambre, analícenlo bien.

El hecho de que no se critique la actividad del tráfico de drogas, pero que al mismo tiempo constituya una fuente de *buena vida*, de adquisición de posibilidades, produce una complicidad del traficante con la sociedad injusta que lo orilló a tal situación. Es decir, un narcotraficante no concibe su actividad como algo que a la larga pueda cambiar la forma de funcionar de la sociedad en su conjunto, sino como una posibilidad de cambiar su situación personal: pasar de ser pobre a ser rico; pasar de una vida miserable a una buena vida. Su discurso no legitima su propia actividad ni critica la estructura social injusta. Simplemente acepta con realismo —y con cierto cinismo— que ésa era su única salida y que disfrutará de ella mientras *pueda*.

Justo porque no hay una crítica a la sociedad en su conjunto y porque el *poder* aumenta rápidamente con el narcotráfico, esta actividad se constituye en un *doble* del Estado. Al principio fue, como hemos visto, su alternativa ante la falta de posibilidades de movilidad social, pero una vez que las personas están dentro de la actividad de la droga, el poder adquirido hace que el narco pueda erigirse en una alternativa al Estado de derecho, de quien lo separa una pequeña cuestión: la divergencia de intereses. Vamos a ver de cerca esta cuestión en la siguiente sección.

2. La dinámica de *igualamiento* entre el narco y el Estado

Además de la sustitución del Estado, el narco pone de manifiesto una seria deficiencia del Estado mexicano: su falta de cuidado del bien común. La conclusión lógica de esta afirmación es entonces muy sencilla: si ni el Estado ni el narco cuidan el bien común, quiere decir que cada uno tiene sus propios intereses. Es decir, el Estado también tiene *intereses particulares* como los puede tener cualquier empresa, en este caso la empresa del narcotráfico. Así pues, el conflicto que los traficantes puedan tener con el Estado no es sino un conflicto entre *particulares* que tiene que arreglarse sin mediador, por la ley del más fuerte.

En México hemos asistido al fenómeno de las *narcomantas*, que no son sino declaraciones que hacen los jefes de las bandas de traficantes a propósito de sus relaciones con bandas rivales o con el gobierno. Estas mantas denuncian alianzas y corrupciones de funcionarios, muestran el punto de vista de cierta organización criminal sobre algún hecho, pero sobre todo extienden amenazas que hace algún grupo de traficantes al gobierno. A veces las mantas son verdaderas declaraciones de guerra que sacan a flote las alianzas de sectores del gobierno con bandas rivales de traficantes. Las narcomantas son un signo de este proceso de *igualamiento*, en el cual el gobierno se vuelve *otra banda más*.

Uno de los factores que podría diferenciar al Estado del resto de las bandas de narcotraficantes, además de la supuesta búsqueda del bien común, es su *mayor poder*. Es decir, incluso sin la legitimidad que le conferiría la búsqueda del bien común, el Estado debería ser capaz de dominar y restringir al narco ejerciendo la coerción. Lo que está en juego en esta guerra declarada por el presidente Calderón no es sólo la legitimidad sino la fuerza del Estado mexicano, su capacidad de imponer orden y el Estado de derecho.

El hecho de que la violencia de la guerra contra el narco haya crecido con rapidez exponencial y de que las víctimas civiles vayan también en aumento, muestra que gobierno y narco se van constituyendo cada vez más como *similares-diferentes*. Similares en cuanto a la fuerza y a la capacidad de ejercer la violencia, a la capacidad de hacerse de medios para lograr sus propósitos. Diferentes únicamente en cuanto a sus intereses.

Un dato alarmante es el surgimiento del grupo *Los Zetas*, brazo armado del Cártel del Golfo que cuenta con asesoría de ex militares. La superioridad del Ejército mexicano es cada vez menos evidente frente a estos grupos armados que tienen mejor equipo y tácticas similares, que cuentan con información sobre sus modos de operar. Además, si algo han puesto de manifiesto las narcomantas es la red de corrupción y de alianzas con el narco al interior del Ejército.

Esta dinámica de igualamiento no sugiere que *narco* y *Estado* puedan ser identificados como agentes completamente solidarios. Las bandas de narcotraficantes no siempre tienen los mismos intereses y compiten entre ellas, y lo mismo podemos decir de las personas que trabajan para el gobierno. No hay una completa cohesión al interior de cada grupo, lo cual no obsta para verlos enfrentados, uno pretendiendo defender la ley y el otro violándola.

No sorprende, pues, que el número de muertos crezca exponencialmente. René Girard (1995) afirma que el conflicto entre dos rivales iguales no puede terminar nunca completamente, puesto que ninguno tiene la fuerza suficiente para acabar con el otro. Los conflictos entre gemelos, entre *similares-diferentes*, sólo hacen crecer la violencia alrededor suyo. Cada uno busca la eliminación del otro aplicando una fuerza mayor, utilizando cada vez mayores medios para ello. Pero lo que consiguen no es la muerte del otro sino el crecimiento exponencial de la violencia. Así lo hemos constatado con el número de muertos por el narco en 2008.

La creciente violencia que conlleva este duelo entre iguales (o *iguales*) puede introducir una serie de dinámicas nuevas en nuestra sociedad. No sólo se nos va imponiendo la violencia como modo de vida, también vamos viendo mermadas todas las costumbres sociales que pudieran reforzar la democracia, costumbres que en México todavía no han tomado fuerza suficiente. En nuestra siguiente sección trataremos de tocar más de lleno este tema derivado de la rivalidad entre el narco y el Estado.

3. La paulatina imposición del autoritarismo

El incremento de la violencia cobra cada vez más víctimas civiles. La población es el gran rehén con que cuentan los narcotraficantes para obligar al Estado a moderar los medios que utiliza en este combate. El gobierno reacciona incrementando los dispositivos de seguridad, retenes, vigilancia, etc. Esta preocupación por la seguridad conlleva también una reducción de las garantías individuales. Hay una ecuación que se verifica siempre en estas condiciones: a mayor terrorismo y delincuencia, menores posibilidades de garantizar las libertades ciudadanas. La libertad se va sacrificando en la búsqueda de la seguridad.

Así, la gran perdedora de esta guerra es la incipiente sociedad civil mexicana. En un primer momento, las agresiones entre fuerzas del narco y fuerzas del gobierno disminuyen las garantías y las libertades ciudadanas, como ya hemos dicho. Sin embargo, esto no es todo. La corrupción derivada de esta guerra va mermando también la construcción de la sociedad democrática, que es quien puede y quiere otorgar a sus ciudadanos las garantías individuales.

En primer lugar, tanto para poder funcionar normalmente como para ganar la guerra contra el gobierno, el narco debe inducir una gran corrupción al interior de su contrario, de manera que una parte de los

funcionarios públicos le favorezcan con acciones y con información privilegiada. La corrupción es un gran elemento que puede inclinar la balanza de la guerra en favor del narco. Ella va exacerbando un problema, grave ya, de la sociedad mexicana: la impunidad. Corrupción e impunidad van de la mano. Ambas han sido características de la sociedad mexicana desde hace mucho, pero la injerencia de las bandas de narcotraficantes al interior del Estado las ha ido intensificando. Alimentar la impunidad, defecto rancio de nuestra sociedad, es un primer retroceso grave de la democracia.

En segundo lugar, la imposición de una lógica militar (de ambas partes) está fortaleciendo el *autoritarismo*, otro viejo defecto de nuestra estructura social. Una sociedad que privilegia la seguridad por encima de las libertades es una sociedad *militarizada*. Sin embargo, no sólo el gobierno es capaz de imponer este verticalismo a la sociedad, también los narcotraficantes lo van haciendo a su modo y a su propia medida. El autoritarismo impuesto por el narco a la sociedad civil tiene que ver con el *poder* que logran los narcotraficantes y con la manera de imponer sus propios intereses. Piénsese que en algunas ciudades de México se paga *protección*³ a bandas de criminales y que el número de los *protegidos* va aumentando.

No es necesario abundar mucho en el hecho del verticalismo que reina en las organizaciones de traficantes. Sólo por reforzar este punto, incluyo el análisis de Ma. Luisa de la Garza sobre los narcocorridos, a propósito del respeto que los narcotraficantes buscan. El hecho de tener *poder* los convierte en *hombres capaces*. Esta capacidad la utilizan para imponerse en su modo de hacer negocios: no les gusta la oposición y la eliminan sistemáticamente:

3. Pagar protección significa que las bandas de criminales chantajejan a algunos dueños de negocios para que paguen cierta cantidad a cambio de no agredirlos.

Igualmente, cuando se refieren [los corridos] al resto de la población que puede entrar en contacto con estos personajes de una manera más o menos circunstancial, lo que parece que debieran hacer es consentir la arbitrariedad, pues si bien se confirma que estos hombres son hombres capaces, son, temible y efectivamente, capaces de todo. Se llega a un momento en el que son la ley y la autoridad (De la Garza, 2008: 89).

Constituirse, como dice De la Garza, en ley y autoridad equivale al hecho de que los narcotraficantes tengan el poder —parcial, por supuesto— de imponerse al resto de la población y de hacer pasar su voluntad como una ley que es obligatorio cumplir. Aquello que al principio era solamente ascenso social, se ha convertido en poder y arbitrariedad, en un nuevo *autoritarismo*.⁴

El surgimiento del narco como autoridad *de facto* revela que no es exagerado comenzar a hablar de un *Estado paralelo del narco*. Cuando analizamos el surgimiento de los narcotraficantes, en realidad *hemos* estado haciendo alusión a algunos de sus mecanismos de reproducción, subrayando que el principal se encuentra en la falta de movilidad social de la sociedad mexicana. Poco a poco, el narco se *igual*a al Estado y se vuelve su rival, hasta constituirse en una verdadera autoridad paralela. Este proceso puede darse gracias a los recursos que los narcotraficantes obtienen del mercado consumidor estadounidense. Este mercado es un verdadero *agente ausente*; de alguna manera es el origen de todo el proceso que hemos descrito hasta aquí. Para finalizar, proponemos algunas reflexiones sobre el papel que juega este mercado y algunas perspectivas éticas.

4. Hablar de *autoritarismo* aplicando el término a narcotraficantes es impropio, puesto que no son una autoridad política. Pero a falta de una verdadera y legítima autoridad, la capacidad que tienen de ejercer la violencia los convierte en autoridad *de facto*.

4. Conclusión: el rol del *Big Brother*

Como ya hemos dicho, el mercado estadounidense juega un rol fundamental en la pervivencia del narco en México. Visto el crecimiento a nivel militar y hasta político del narco, que los recursos de que disponen pueden llegar a sobrepasar la capacidad del Estado mexicano, es preciso analizar algunas pistas de acción frente a esta injerencia del mercado negro estadounidense en la vida política de México. La pregunta fundamental sería, pues, ¿cómo evitar que estas bandas de traficantes se sigan allegando recursos?

Me parece que esta cuestión lanza un primer desafío al sistema social mexicano. El gran problema es que el narco, como hemos dicho, sustituye al Estado en su tarea de abrir posibilidades de subsistencia digna a muchas personas. Mientras siga habiendo la enorme desigualdad que caracteriza a la sociedad mexicana, seguirá habiendo personas que busquen su sustento por vías alternativas: la migración y el narco. Es deber del Estado, además del combate frontal al narcotráfico, la implementación de mecanismos de justicia social que impidan que más personas elijan este medio.

El segundo desafío está lanzado a la sociedad estadounidense. A pesar de que el gobierno de Estados Unidos insista en la responsabilidad de México en el narcotráfico, la realidad es que esta insistencia oculta una cara incómoda de esta realidad: *quienes mantienen a los narcotraficantes mexicanos son los estadounidenses*. No aceptar esta realidad es querer tapar el sol con un dedo. Los mecanismos de “certificación” del gobierno estadounidense no son sino una medida de presión política sobre los vecinos del sur, pero de ninguna manera son un estímulo para combatir el narcotráfico. Mientras sigan hallando recursos, mientras los narcotraficantes sigan siendo *poterosos*, el combate que se haga de este lado de la frontera será ilusorio e ineficaz. La única gran perdedora, como ya lo he dicho,

es y seguirá siendo la sociedad civil mexicana que ve su frágil y pequeña democracia amenazada por este enorme problema.

Bibliografía

De la Garza, Ma. Luisa (2008). *Pero me gusta lo bueno. Una lectura ética de los corridos que hablan del narcotráfico y de los narcotraficantes*, Miguel Ángel Porrúa, México.

El Universal (2008). “Ejecuciones rompen récord: van cinco mil”, en *El Universal*, México, 3 de diciembre [DE disponible en: <http://www.eluniversal.com.mx/notas/560074.html>]

Girard, R. (1995). *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona.

Monsiváis, Carlos. “Vivir del Narco”, en *Noroeste*, Culiacán, 1 de agosto de 2004.

Rosales, Jérica (2008). “Consumo de droga en México aumentó un 28% en el último año”, en *Milenio*, Saltillo, 22 de septiembre [DE disponible en: <http://www.milenio.com/node/83620>].

Luces en una crisis global

se terminó de imprimir en marzo de 2009,
en los talleres de Imprejal, SA de CV,
Nicolás Romero 518, Colonia Villaseñor,
Guadalajara, Jalisco, México, CP 44290.

La edición, que consta de 500 ejemplares, estuvo al cuidado de
la Oficina de Difusión de la Producción Académica del ITESO.



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara